

felicidad de Atenas! ¡Cuán digno se presenta al proclamarse hijo de la fortuna, incorruptible, incapaz de doblegarse á la seducción! ¡Con qué compararemos el pudor soberano de que se reviste, al mencionar la evidencia y sanidad de sus juicios, este hombre que teniendo la vista fija continuamente en la república, jamás la había apartado de este objeto en todos sus discursos para considerarse á sí mismo!

Si no se encuentran aquí ni aquellos movimientos terribles encaminados á inflamar el corazón de la multitud, ni el colorido con que suele revestir sus ideas el que se propone principalmente agradar, ni los prestigios de imaginación que tanto embellecen las obras de los poetas; recordemos que cuando se delibera sobre las fuertes y eficaces medidas en puntos de gobierno, cuando se consultan las prudentes reglas de la conveniencia social, ántes ha menester el orador calmar las turbulencias de los espíritus, que desencadenar las borrascosas pasiones, cuyo resultado inmediato es arrastrar á su ruina la prosperidad de los pueblos. Nunca mas perjudiciales los encantos de la imaginación, que en aquellas situaciones difíciles en que el error, traspasando los límites de lo meramente especulativo, trasciende á la suerte de la sociedad: nunca mas perniciosos los afectos inflamados del alma, que cuando esta, subyugada por intereses momentáneos, tiene una nube delante de sus ojos que le oculta profundamente los caminos del bien. Motivo y muy grande tendríamos para censurar al orador, si le viésemos emplear estos medios en un discurso que por su objeto, su importancia y naturaleza, pertenece al número de aquellos en que el entendimiento demasiado zeloso se resiste á escuchar cualquiera razonamiento que no venga expresado en su propio lenguaje. “Para el corto número de aquellos, dice “Buffon, cuya cabeza es firme, cuyo gusto delicado, cuyo “sentido exquisito, y que cuentan por nada el tono, los gestos y el vano sonido de las palabras, se necesitan cosas, “pensamientos, razones: porque no basta herir el oído y ocupar los ojos, es indispensable commover el corazón hablando al espíritu.”<sup>1</sup> He aquí caracterizado en dos palabras el estilo de Demóstenes y el excelente mérito de su arenga sobre la paz.

<sup>1</sup> Discours sur le style.

## DISCURSO

DE

## CHATEAUBRIAND

Pronunciado en Roma, á presencia del cónclave,  
el 10 de Marzo de 1829.

Eminentísimos Señores.



A respuesta de su majestad cristianísima á la carta que le había dirigido el Sacro Colegio, os pinta con la nobleza que corresponde al hijo primogénito de la Iglesia, el dolor que Carlos X ha recibido al saber la muerte del Padre de los fieles, y la confianza fundada en la elección que la cristiandad espera de vosotros.

El rei me ha distinguido con el honor de designarme para que le represente cerca del Sacro Colegio reunido en cónclave; y yo vengo por segunda vez, Eminentísimos Señores, á dar testimonio delante de vosotros de mi profundo sentimiento por la pérdida del Pontífice conciliador que veía la religión verdadera en la obediencia á las leyes y en la concordia evangélica, de aquel soberano, que pastor y príncipe al mismo tiempo, gobernaba el humilde rebaño de Jesucristo desde la cumbre de las glorias diversas que están unidas

al grande nombre de la Italia. ¡Sucesor de Leon XII quien quiera que seais! vos me escucháis sin duda en este momento: ¡Pontífice á la vez presente y desconocido! vais muy pronto á sentaros en la cátedra de San Pedro, á algunos pasos del capitolio sobre los sepulcros de aquellos romanos de la república y del imperio que pasaron de la idolatría de las virtudes á la de los vicios, sobre esas catacumbas en que reposan los huesos trancos de otra especie de romanos. ¡Qué palabra bastaría para elevarse á la majestad del asunto, ni pudiera abrirse paso al través de ese monton de años que han sofocado tantas voces mas poderosas que la mia! Ilustre Senado de la cristiandad, ¡vosotros mismos no necesitáis, para sostener el peso de estas innumerables memorias, para mirar frente á frente estos siglos amontonados al rededor de vosotros sobre las ruinas de Roma, no necesitáis, digo, de apoyaros en el altar del santuario, como yo en el trono de San Luis!

¡No permita Dios, Eminentísimos Señores, que venga yo á ocuparos aquí en algun interes privado, ni os haga escuchar el idioma de una estrecha política! Las cosas sagradas quieren ser vistas hoy bajo relaciones mas generales y mas dignas.

El cristianismo, que renovó desde luego la faz del mundo, vió trasformarse despues las sociedades á quienes habia dado la vida. En el instante mismo en que os dirijo la palabra, el género humano ha llegado á una de las épocas características de su existencia, y la religion cristiana se halla todavía presente para asirle, puesto que guarda en su seno cuanto conviene á los espíritus ilustrados y á los corazones generosos, cuanto necesita el mundo, á quien ha salvado ella de la corrupción del paganismo y de la destruccion de la barbarie. En vano ha pretendido la impiedad que el cristianismo favorecia la opresion y hacia retrogradar los tiempos. Promulgóse el nuevo pacto sellado con la sangre del Justo, y la servidumbre dejó de ser el derecho comun de las naciones; y la horrorosa definicion del esclavo: *non tam riles, quam nulli sunt*, quedó borrada del código de Roma. Las ciencias, hechas casi estacionarias en toda la antigüedad, han recibido un impulso rápido de este espíritu apostólico y regenerador que apresuró el desmoronamiento del viejo mundo, al paso que todos los pueblos donde ha dejado de existir el cristianismo, han visto aparecer de nuevo la esclavitud y la ignorancia. Luz cuando se mezcla en las facultades intelectuales, sentimiento cuando se asocia á los movimientos del alma, la religion cristiana crece con la civilizacion y marcha

con el tiempo; y uno de los caracteres de la perpetuidad que se le ha prometido, es el ser siempre del siglo que ve pasar, sin pasar ella nunca. La moral evangélica, razon divina, apoya la razon humana en sus progresos hácia un objeto que todavía no ha conseguido tocar. Despues de haber atravesado las edades de tinieblas y de fuerza, el cristianismo ha venido á ser en los tiempos modernos la perfeccion de la sociedad.

Eminentísimos Señores, vosotros escogeréis para ejercer el poder de las llaves á un hombre de Dios, que comprenda suficientemente la altura de su mision. Por un carácter universal, que jamas ha tenido modelo ó ejemplo en la historia, un cónclave no es el consejo de un Estado particular, sino el de una nacion compuesta de las naciones mas diversas derramadas por la superficie del globo. Vosotros sois, Eminentísimos Señores, los augustos mandatarios de la inmensa familia cristiana, huérfana por un momento. Hombres que nunca os han visto, que jamas os verán, que no saben vuestros nombres, que no hablan vuestro idioma, que habitan lejos de vosotros, bajo otro sol, mas allá de los mares, en las extremidades de la tierra, se someterán á vuestras decisiones, que nada en apariencia les obliga á seguir; obedecerán á vuestra lei, que ninguna fuerza material les impone, y aceptarán de vosotros un Padre espiritual con respeto y con gratitud. Tales son los prodigios de la conviccion religiosa.

Príncipes de la Iglesia, bastará que dejéis caer indeliberadamente vuestros sufragios en cualquiera de vosotros, para dar á la comunion de los fieles un jefe, que poderoso por la doctrina y autoridad de lo pasado, no conozca ménos las nuevas necesidades de lo presente y de lo futuro; un Pontífice cuya vida sea santa y en quien se miren confundidas la dulzura de la caridad y la sinceridad de la fe. Todas las coronas forman hoy este mismo voto, todos tienen la misma necesidad de moderacion y de paz. ¡Qué no debe esperarse de esta venturosa armonía! ¡Qué no puede esperarse, Eminentísimos Señores, de vuestras luces y de vuestras virtudes!

No me resta ya sino renovar aquí la expresion del sincero aprecio y adhesion perfecta del Soberano tan piadoso como magnánimo, cuyo intérprete tengo el honor de ser en este dia cerca de vosotros.